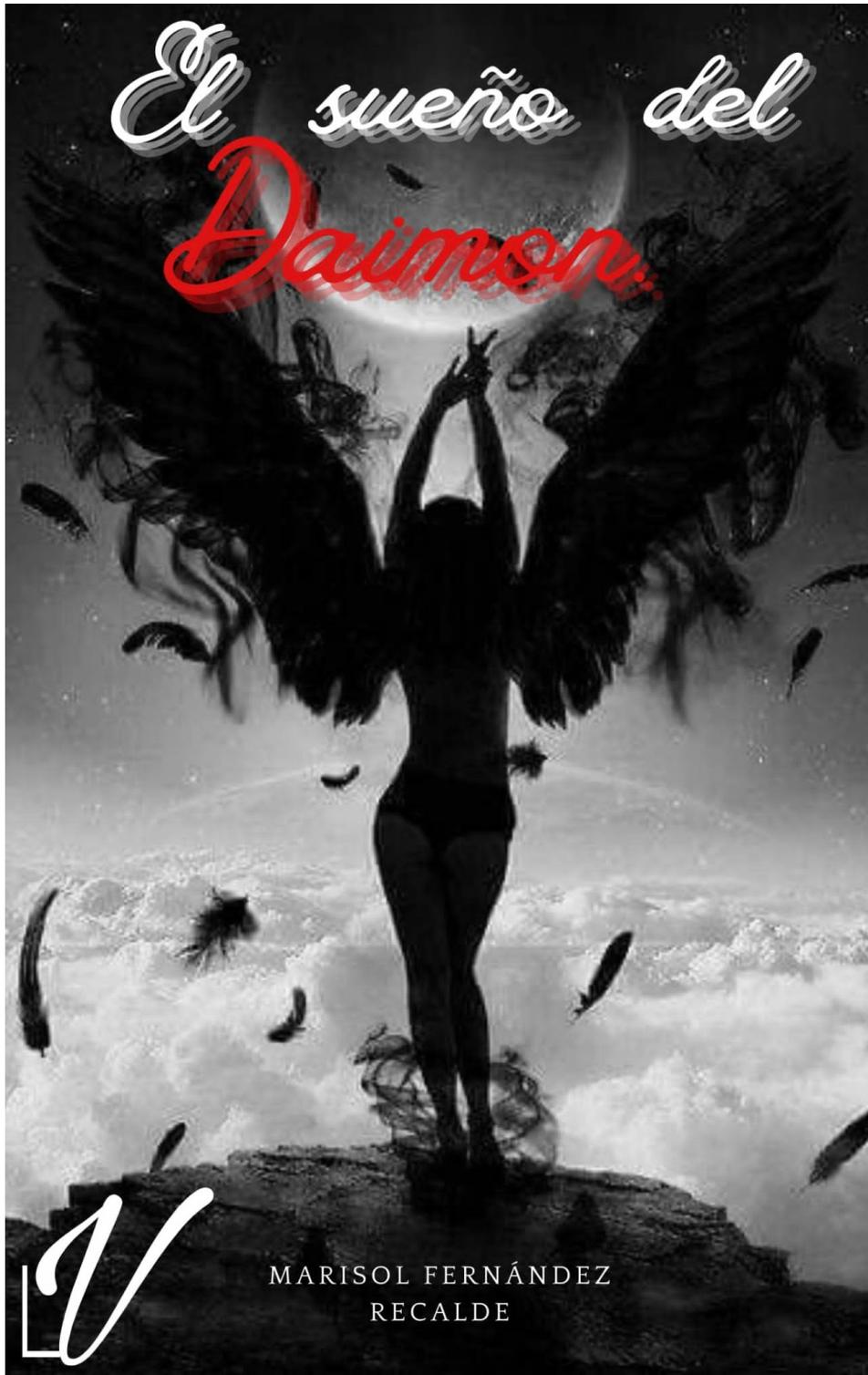


El sueño del daimon

Marisol Fernández Recalde



Capítulo 1

Los rayos del sol sobresalían de entre las ramas de los árboles de la inmensa Selva Guaraní. Y en medio de toda esa vegetación sin tocar, una muchacha solitaria estaba recogiendo los frutos que cayeron del suelo. A medida que el cielo se iba aclarando, la joven alzó la cabeza para apreciar unas lejanas nubes blancas. Mostró una pequeña sonrisa y, con los brazos al aire, exclamó:

Oh, dioses todopoderosos de la Morada Celestial, ruego por su sabiduría para aclarar la mente ante las inseguridades que debe lidiar mi espíritu.

Un par de lágrimas recorrieron sus mejillas y cayeron al suelo al no obtener respuesta alguna. Tras intentar olvidar el tormento que aquejaba su corazón, procedió a seguir con su labor.

Pero se detuvo al escuchar un grito de auxilio. Así es que dejó su bolso tejido a un lado y fue corriendo hacia el sitio donde provenía el sonido. Y luego de correr por unos cuantos metros, se encontró con una extraña criatura atrapada en unas redes hechas por algún grupo de cazadores que estarían merodeando la zona.

No era humano. Tampoco un animal. Tenía forma humana, pero lucía un par de hermosas alas negras por su espalda y un par de cuernos largos y rojos por encima de su cabeza. La joven sabía bien qué era esa criatura: era una daimon, una especie de bestia que, aunque tuviese el mismo don de habla de los humanos, se asemejaba más a un monstruo salvaje por su grandiosa fuerza y gran capacidad de adaptarse en cualquier entorno.

El aspecto lamentable de la daimon, que intentaba liberarse de esa trampa, la conmovió. Sentía lástima por ella. Pero su miedo era aún más fuerte, ya que se trataba de una criatura salvaje capaz de descuartizarla de un solo golpe si se acercaba a ella.

¿Qué debería hacer? – pensó la muchacha.

Pero antes siquiera de hacer algún movimiento, escucho las voces de los cazadores que se acercaban al lugar.

De inmediato, la joven recolectora dio media vuelta y se dispuso a regresar a su refugio, donde le esperaba su padre para desayunar.

Nunca supo lo que sucedió con esa daimon y, por mucho tiempo, no paraba de soñar en ella. El remordimiento que sentía por no haberla ayudado era tan grande que sintió que lo acompañaría por el resto de su vida. Pero no tenía opciones, ya que se había marchado de su tribu para seguir a su padre, a quien lo sentenciaron al destierro por un crimen atroz

que afectó a muchas personas.

La Selva Guaraní era un lugar hermoso y aterrador a la vez, por lo que los humanos formaron tribus para sobrevivir y alterar la naturaleza a su antojo. Separarse al resto era equivalente al suicidio. Y por eso, la joven decidió seguir a su padre en su destierro ya que lo amaba y deseaba lo mejor para él.

Aunque no estaba de acuerdo con sus acciones.

Capítulo 2

Capítulo 1. En la Selva Guaraní

Un pequeño jabalí iba correteando entre los árboles de la Selva Guaraní, siendo perseguido por una criatura de hermosas alas blancas y cuernos rojos llamado Arandú. Pero lejos de ser una persecución de supervivencia, más bien parecían estar jugando a las escondidas.

Arandú estaba por alcanzar al jabalí, hasta que se tropezó con una raíz que sobresalía del suelo y se cayó. Las risas fueron reemplazadas por lágrimas, lo cual llamó la atención del animal y consiguió atraerlo hacia su perseguidor. Así, el pequeño aprovechó para lanzarse sobre él y rodearlo con un tierno abrazo.

Estuvieron así por un rato hasta que Arandú escuchó a su madre, llamándolo.

¡Debemos marcharnos pronto! ¡Ven, hijo!

Arandú cargó al jabalí en su hombro, extendió sus alas y voló hacia la dirección donde escuchó a su madre. La encontró encima de las ramas de un frondoso árbol junto a los demás miembros de su familia: su padre y su hermana gemela llamada Yerutí.

Tanto su papá como su mamá tenían dos vistosos cuernos rojos sobre sus cabezas que contrastaban con sus cabellos negros. Las alas de su padre eran negras mientras que, las de su madre, eran blancas. Yerutí había heredado esas alas negras y otros rasgos físicos de su padre, pero adquirió la fuerza y agilidad de su madre siendo que, a tan corta edad, era capaz de enfrentarse a bestias que le doblaran en tamaño casi sin ayuda.

Hay que irnos de este lugar – dijo el papá a los hijos – es temporada de caza y los humanos son despiadados con los daimones salvajes como nosotros.

¿Por qué nos persiguen los humanos? – preguntó Arandú - ¡Si nunca les hicimos nada malo!

Porque son unos depredadores, solo por eso – respondió Yerutí, mostrando una cara de fastidio ya que Arandú siempre preguntaba lo mismo una y otra vez – Es como preguntar el porqué los yagaretés cazan a las tortugas. ¡Es parte de la naturaleza!

Bueno, niños, no discutan – intervino la mamá mientras miraba por los alrededores. Podía sentir que los humanos estaban muy cerca – hagamos caso a papá y marchémonos.

Al decir esto, extendió sus alas y comenzó a dirigirse hacia el cielo. Los demás la imitaron y, pronto, estuvieron sobrevolando por la tupida Selva

Guaraní.

Pero no duró por mucho tiempo ya que el jabalí, al verse demasiado lejos del suelo, comenzó a agitarse en los brazos de Arandú y, tras una pequeña sacudida, se resbaló y comenzó a caer en picada. El pequeño daimon fue directo hacia su rescate, introduciéndose de vuelta entre los árboles.

¡Arandú! ¡No! ¡Regresa! – gritaron ambos padres, yéndose directo hacia su hijo.

¡Aish! ¡Este Arandú! – murmuró Yerutí, siguiéndolos también.

El cuerpo del jabalí chocó entre las ramas de los árboles que, vanamente, intentaban amortiguar su caída. Por suerte, Arandú logró sujetarlo antes de estrellarse contra el suelo. Así, el daimon pudo asegurar un aterrizaje seguro para que ninguno resultase herido tras la caída.

Apenas tocó sus pies en el suelo, cayó sobre él una gran red que lo dejó inmobilizado. Sus padres, al ver esto, se acercaron para ayudarlo. Pero otras cuerdas aún más fuertes aparecieron y rodearon sus cuerpos.

De inmediato, surgió de entre los matorrales y troncos gruesos un grupo de humanos muy numeroso, quienes tenían las caras pintadas de diferentes colores y se encontraban armados con lanzas, flechas, puñales y garrotes.

¡Buena atrapada! – dijo uno de los humanos - ¡Matemos a los adultos y llevemos a la cría con el cacique Guaraní!

Todos los humanos gritaron de júbilo, hasta que fueron interrumpidos por una pequeña daimon salvaje que los corneó sin piedad. Muchos comenzaron a correr, no sin antes dejarse sorprender por la fuerza de esa cría que, solita, venció a tres hombres que la triplicaban en tamaño.

¡No se dejen intimidar! – gritó el humano - ¡Vayamos por ella y reduzcámosla!

¿Y la matamos?

¡No! ¡Este espécimen es justo lo que busca nuestro líder!

Uno de los cuchillos fue cerca de los daimones capturados. El papá de Arandú y Yerutí aprovechó para cortar las sogas y, así, liberar a su familia.

La mamá se acercó a Arandú y le dijo:

¡Huye, hijo! ¡Nosotros ayudaremos a Yerutí para que te alcance luego!

¡No! ¡No se vayan! – suplicó Arandú, mientras soltaba a su jabalí quien, de inmediato, huyó del lugar.

Tu jabalí se escapó. ¿No irás a buscarlo? – le preguntó el papá.

El niño desvió la mirada y los padres aprovecharon para liberar a Yerutí de los humanos. Aunque era muy fuerte, sabían que su hija no podría con humanos bien armados y organizados. De todas las especies, la humana era la más peligrosa porque, aunque no tenían garras ni fuerza extrema, eran demasiado inteligentes para alterar la naturaleza a su antojo y dominar a todas las bestias que se cruzaran por su camino.

¡Yerutí! ¡Busca a tu hermano y váyanse de aquí! – ordenó su padre a su hija, luego de bloquear un ataque de lanza que iba directo hacia ella.
¡No pienso dejarlos! – dijo Yerutí, apretando sus pequeños puños.
¡Obedece a tu padre! – bramó su mamá, mientras lidiaba con tres hombres que no paraban de atacarla con sus armas.

Arandú, ignorando a su jabalí, se acercó a Yerutí para apoyarla también. En cuanto a ella, aunque confiaba en la fuerza de sus padres sentía que, si los dejaba ahí, sería la última vez que los veía. Pero debía obedecerlos ya que estaban esforzándose al máximo para protegerlos.

Lamentablemente, la inteligencia humana ganó en esta batalla ya que ellos planeaban que las crías de daimones se separasen de sus progenitores. Y cuando los dos niños se dispusieron a marcharse, una gran jaula reforzada con madera, sogas y piedras cayó sobre ellos. Eso distrajo a los padres que, de inmediato, fueron a ver lo que sucedía.

Así fue como los humanos consiguieron rodearlos y reducir sus fuerzas atando sus alas con fuertes cuerdas. En instantes, los dominaron fácilmente y lograron inmovilizarlos en el suelo.

Los pequeños daimones comenzaron a gritar. El jabalí de Arandú, quien había huido, decidió regresar al escuchar el sonido de su dueño. Uno de los humanos vio al pequeño animal rasgando con sus patitas los barrotes de la jaula, por lo cual aprovechó para atravesarle el cuerpo con su lanza y matarlo al instante.

Esto impactó tanto a los niños que dejaron de gritar. Luego, miraron a sus padres, quienes les dirigieron una sonrisa a pesar de la situación en que se encontraban. Y antes de ser atravesados por las lanzas, escucharon decir a su madre:

Nunca dejen de luchar.

Arandú: Su nombre significa "Sabio" en guaraní

Yerutí: nombre significa "Paloma" o "tórtola" en guaraní. También es un nombre propio muy común entre las chicas de Paraguay.

Capítulo 3

Capítulo 2. La vida en cautiverio

Un chorro de agua fría fue lanzado hacia el grupo de daimones criados en cautiverio dentro de la tribu. Yerutí, al sentir el impacto del líquido sobre su rostro, dio un salto de susto que logró sacar a Arandú de su sueño pesado.

¿Pero qué sucede? – preguntó su hermano, abriendo los ojos y mirando por los costados.

Otro duelo – respondió Yerutí, mientras sacudía su cabeza para secarse.

Por inercia, colocó sus manos sobre la zona donde antes estaban sus alas y, repentinamente, acarició las salientes de piel que le quedaron luego de que los humanos la mutilaran a ella y a su hermano para evitar que pudiesen escapar. Vagamente recordaba aquel fatídico día en que fueron arrancados de sus padres, a quienes masacraron sin piedad. En esos instantes, solo deseaba morir pero, al final, su vida se convirtió en un verdadero infierno.

Tanto Arandú como Yerutí fueron presentados ante el cacique de la tribu quien, al apreciar esos “interesantes especímenes salvajes”, ordenó que cortaran sus alas. El dolor fue tan intenso que ambos niños estuvieron inconscientes por días, pero lograron sobrevivir y, al poco tiempo, se vieron entrenándose con otros daimones capturados para enfrentarse en duelos de combates.

Yerutí demostró ser la daimon más fuerte, por lo que enseguida se convirtió en la favorita del cacique Guariní, quien era un hombre cruel y sanguinario de fuerza descomunal. Sus pasatiempos era apreciar los duelos de daimones, humillar a los más débiles arrebatándoles a sus esposas, hijas o madres para su propio disfrute y seleccionar al daimon más fuerte para sus cacerías.

Tanto Yerutí como los demás daimones tuvieron la oportunidad de acompañar al cacique en sus periodos de caza, ya que los usaba como cebo para atraer a las bestias o derrotarlas sin desperdiciar los recursos humanos: los guerreros y cazadores de la tribu.

Para evitar que los daimones escaparan, el chamán de la tribu les ataba sus cuellos con unas cuerdas poseídas por los espíritus de las plantas y la tierra, los cuales inmovilizaban al instante al daimon que osara desafiar ese gran poder. Y es que el chamán era el único humano que podía controlar a los espíritus naturales a su antojo, siendo su misión controlar a los daimones en cautiverio, curar enfermedades o heridas mortales, ayudar a las mujeres en sus partos para garantizar el nacimiento de los

bebés y proteger a la tribu ante cualquier ataque de otras tribus enemigas en ausencia de los guerreros y cazadores.

Las únicas veces en que los daimones no poseían esos collares era en los duelos de combate. Pero la arena se encontraba protegida por grandes bloques de piedra controladas por el chamán, asegurándose así que nunca pudiesen escapar.

Aunque la idea del escape les era atractiva a los daimones, tanto Yerutí como Arandú pensaban que no tendrían ninguna posibilidad de sobrevivir sin sus alas. La vida de la selva Guaraní se les iba olvidando poco a poco, por lo que no les quedaba otra opción más que resistir en la tribu de los humanos.

Luego de la repentina ducha matutina, los daimones fueron colocados delante de la casa del cacique Guariní, la cual era la única adornada con plumas coloridas de guacamayos y pieles de yagaretés traídos de tierras lejanas. Esta era una rutina diaria, ya que el líder de la tribu era el encargado de seleccionar a la pareja de daimones que lucharían en el duelo de combate. De esa forma, elegía al ganador para que formara parte de su grupo de expedición para las cacerías. Al perdedor, en cambio, lo amarraba en un pindó y lo untaba con miel y sangre fresca para atraer a las fieras.

Casi siempre era Arandú quien terminaba en el pindó, pero Anahí lograba convencer al daimon del turno para protegerlo y cazar a la bestia a tiempo. Si el daimon priorizaba su propia seguridad, entonces entregaba a su hermano una pequeña piedra con el cual podría liberarse momentáneamente. Cuando esto sucedía, el cacique solo lo mandaba de regreso con los demás daimones atribuyéndole a su "suerte". En su mente, pensaba que no tenían inteligencia humana para lograr tales estrategias de supervivencia.

¿A quién le tocará esta vez? – preguntó un daimon.

Sea quien sea, espero que no sea Arandú – murmuró Yerutí

¿Decías algo? – preguntó Arandú

¡Olvídalo!

El cacique salió de su casa, ataviado de un impotente tocado de plumas que cubría su cabeza y cintura. Sus ojos negros y penetrantes recorrieron rápidamente en dirección al grupo de daimones que lo miraban temblorosos. Al final, mostró su maquiavélica sonrisa y extendió su dedo directo hacia Arandú. Su hermana tragó saliva ya que sabía que, una vez que el cacique señalaba a alguien, difícilmente cambiaba de opinión. Luego, el dedo del cacique cambió de dirección para seleccionar al contrincante y tal fue la sorpresa de todos cuando señaló directamente a

Yerutí.

Dos de los guerreros que acompañaban al cacique levantaron sus brazos y exclamaron a la tribu:

¡El líder ha elegido! ¡Que comience el duelo de combate!

Las casas de la tribu estaban distribuidas de tal manera que pudiesen formar un círculo en el centro de su territorio. Ahí mismo, colocaron las piedras controladas por el chamán para formar la arena de batalla y evitar que los daimones escaparan ante cualquier distracción del cacique.

Yerutí y Arandú fueron trasladados en el centro. Guariní se sentó en un trono hecho de tacuaras de cinco metros de altura y adornado con cráneos de daimones que había sacrificado en el pasado. Como de costumbre, el chamán realizó el ritual de las piedras, pronunció las palabras adecuadas e invocó a los espíritus de las rocas para formar la cadena que evitaría el escape de los daimones. El resto de la tribu se colocó en las gradas hechas de tacuaras para presenciar el espectáculo.

Una vez que ambos hermanos se colocaron en sus respectivas posiciones, el cacique levantó la mano en dirección al cielo y toda la tribu dejó de murmurar entre sí. Segundos después, lo bajó como señal de que autorizaba el inicio del combate.

No quiero hacer esto – dijo Yerutí, dudando un instante.

Pero debemos – dijo Arandú, acercándose a ella para darle una patada al estómago.

¿Por qué? – preguntó su hermana, esquivando el golpe ágilmente y logrando que los espectadores lanzaran un grito de admiración.

Si no peleas, serás sacrificada – respondió el joven daimon, volviendo al ataque.

Prefiero eso a vivir esta tortura – murmuró Yerutí, volviendo a esquivar a su hermano - ¿Es que no recuerdas nuestras vidas en la selva Guaraní?

¿Cuándo teníamos alas y disfrutábamos de nuestra libertad?

¡Eso ya pasó! – bramó Arandú, consiguiendo darle un puñetazo en la cara tras la distracción de Yerutí - ¿Qué sentido tiene recordar el pasado?

¡Recapacita, hermana, y golpéame!

Yerutí se levantó y lanzó una fuerte patada en dirección al estómago de Arandú. Éste perdió el aire y se estrelló contra una de las rocas, logrando así que el público ovacionara de la emoción.

Soy la daimon en cautiverio más fuerte – dijo Yerutí, mientras esperaba que Arandú se recuperara del golpe – puedo derrotarte en un segundo, pero ya estoy harta de esto. Así es que dejaré que me mates.

¿Qué? ¡No puedo hacer eso! – dijo Arandú.

Yerutí comenzó a llorar. En verdad sufría bastante el tener que enfrentarse a su propio hermano por caprichos del cacique Guariní. Habían pasado por tanto juntos y, aunque los daimones no calculaban los años como los humanos, era consciente de que desde hace tiempo fueron mantenidos en la tribu de los humanos como animales de entretenimiento. Y esto se notaba en los cambios de sus cuerpos. A pesar de que sus alas no crecieron, sus cuernos sí y ya superaban el doble de tamaño de sus cabezas. Además, los pechos de Yerutí se volvieron grandes y redondos, mientras que las piernas de Arandú se extendieron tanto que se volvió más alto que su hermana. Si no fuese por sus cuernos, podrían fácilmente ser confundidos por simples humanos.

¡Debes hacerlo! ¡Ya! ¡O seguiré golpeándote! – advirtió Yerutí, quien secó sus lágrimas y fue directo hacia su hermano para lanzarle una lluvia de puñetazos. Éste se defendió como pudo, pero no la atacó - ¿Sabes que siempre te he odiado? – siguió Yerutí, sin dejar de atacar y pensando en provocarlo para que despabilara y la atacara - ¡Si no fuera por ti, nada de esto habría pasado! ¿Por qué tuviste que ir tras ese jabalí? ¡Pudimos conseguirte otro, idiota! ¡Si no fuera por ti, mamá y papá todavía estarían...! – las lágrimas impidieron que continuara hablando.

Arandú no respondió a sus provocaciones. En el fondo de su corazón, siempre se sintió culpable por lo de aquel día y, al escuchar las palabras hirientes de su hermana, pensó que realmente se merecía ser despreciado por ella.

Y mientras los hermanos peleaban, unos guardias comenzaron a gritar advirtiendo de que eran atacados por una tribu enemiga. El cacique desvió la mirada hacia los pedidos de auxilio y pudo presenciar, desde su trono, que varias casas estaban siendo quemadas.

¡Alto al duelo! – gritó Guariní, extendiendo los brazos - ¡Los enemigos nos están atacando!

¡¿Los enemigos!?! – gritaron la tribu al unísono

Todos abandonaron las gradas de inmediato. El cacique, acompañado de sus guerreros, bajó al trono y se enlistó para defender a las familias de la tribu enemiga que, desde hace años, buscaba invadir sus territorios.

Los hermanos daimones dejaron de pelear y observaron entre las rocas cómo, en cuestión de segundos, la tribu de Guariní era reducida por unos bandidos, quienes no distinguían entre humanos y daimones y los masacraban a todos sin piedad. Así se percataron de que las únicas criaturas que podían derrotar a los humanos eran otros humanos.

Debemos salir de aquí – dijo Yerutí

¿Pero cómo, si los espíritus de las rocas no nos dejan escapar? – lamentó Arandú

¡Eso déjenmelo a mí! – dijo el chaman de la tribu quien, repentinamente, pronunció las palabras y ordenó a los espíritus de las rocas que liberaran a los hermanos.

Éstos, al verse libres, no sabían cómo reaccionar. Nunca creyeron que un humano les diera la mano para su escape repentino. Antes de preguntar, el chamán les dijo:

¡Esta tribu está condenada! ¡Huyan! ¡No vuelvan nunca más! ¡Recuperen aquella libertad que les arrebataron de crías!

Yerutí y Arandú procedieron a salir de las rocas y dirigirse hacia el bosque. Pero un humano perdido los descubrió desde lejos y los apuntó con una flecha, lanzándolo en dirección a la joven daimon. Arandú se dio cuenta de esto y se colocó delante de su hermana, recibiendo el flechazo directo a su hombro izquierdo.

¡Arandú! – gritó Yerutí, sorprendida y asustada al ver a su hermano herido.

¡Vete de aquí! – le pidió Arandú, sintiendo que sus fuerzas lo abandonaban - ¡Fui yo quien condenó a nuestra familia por mi capricho infantil! ¡Y ahora seré yo quien la salve! Por eso te pido que, por favor, me perdí...

Arandú comenzó a tambalearse pero, antes de caer al suelo, Yerutí lo sujetó y lo alzó en brazos, dispuesta a escapar con él hacia su repentina libertad.

¡No digas nada, hermano! – le dijo Yerutí, esta vez, prestando especial atención a sus alrededores por si otra flecha perdida osara el lastimarlos.

En esos momentos, su prioridad era buscar un lugar seguro donde curarlo. Sus salientes de la espalda comenzaron a agitarse, como si su cerebro la ordenase despegar sus alas y escapar por los aires. Pero solo le quedaban sus piernas para correr a toda velocidad y protegerse de los humanos en la misteriosa espesura de la selva Guaraní.

Yaguareté: Es una especie de felino conocido por sus manchas en el cuerpo. También se lo llama "jaguar" y es primo lejano del guepardo y leopardo.

Pindó: Especie de palmera o cocotero

Tacuara: Es una planta similar al bambú. También se lo conoce como "caña"

Capítulo 4

Capítulo 4. Encuentro de desterrados

Habían pasado tres días desde el ataque a la tribu y ningún guerrero del cacique Guariní fue a perseguirlos. Quizás estuvieron todos enfocados en defenderse entre ellos o, en el peor de los casos, fueron diezmados por los bandidos. Pero eso a Yerutí ya no le importaba: eran libres y, por primera vez, podía moverse a sus anchas por el bosque.

O al menos eso era lo que deseaba hacer. Primero debía cuidar de su hermano, cuya herida no cicatrizaba aún si usara plantas curativas para cubrirlo del aire y polvo del ambiente. La joven daimon tenía el presentimiento de que la punta de aquella flecha estaba envenenada. Sabía que los cazadores colocaban ciertos venenos en sus flechas para eliminar más rápido a las bestias gigantes que cazaban. Si fuera así, la única opción que le quedaba era recurrir a un chamán, ya que eran los únicos conocedores de los secretos del universo y la función de cada elemento controlado por los espíritus de la naturaleza. Por eso podían crear pócimas para curar enfermedades, tratar heridas mortales y controlar a los espíritus tanto en beneficio propio como de su tribu.

Mientras descansaban en una cueva, ambos hermanos tuvieron una breve charla al respecto.

- Escuché del cacique Guariní que los chamanes más poderosos de la selva Guaraní provienen del Norte, donde nace el Gran Río que divide los bosques de las tierras áridas – recordó Arandú – Pero en mi condición, no creo que podamos llegar.
- Si tan solo no nos hubiesen cortado las alas – lamentó Yerutí, mientras acariciaba sus salientes de la espalda – Aun así, aunque logremos llegar, será peligroso. No podemos entrar a una tribu y secuestrar a un chamán tan fácilmente. ¡Y más si son los del norte!
- Sí. Tienes razón. Si nunca pudimos con el chamán de nuestra tribu, ¿Qué esperamos de las tribus del norte?

Los hermanos suspiraron. Tras un breve silencio, sus estómagos comenzaron a rugir, como señal de que ya era hora de comer. Cerca de su cueva había un árbol de mandarinas, por lo que Yerutí fue tras ellas y las tomó. Regresó al refugio, peló las frutas y se las entregó a su hermano en pequeños pedacitos para que pudiese digerirlos más fácilmente. Su salud iba empeorando y casi le costaba ingerir alimentos. Y en esos momentos, solo pudo comer dos trocitos de la mandarina.

- No dejaré que mueras – dijo Yerutí, mientras sostenía su cabeza para evitar que éste se atragantara con la comida – Somos familia y debemos estar unidos para sobrevivir en la selva.

- Después de tantos años criados en cautiverio... ¡Suenan difícil!

Cuando terminaron de comer, Yerutí cargó a Arandú sobre su espalda y comenzó a correr rumbo al norte. Todavía recordaba cómo sus padres les enseñaron a guiarse por el bosque, así es que no tendría problemas con eso. Tampoco le preocupaban las bestias si no, más bien, encontrarse con un daimon salvaje. Escuchó que eran hostiles hacia los daimones domesticados, por lo que debía prepararse por si algún día surgiese un enfrentamiento.

Tras varias horas recorriendo por entre los árboles, los dos hermanos sintieron un aroma tan atrayente que se les volvió a abrir el apetito. Era una mezcla de carne cruda con frutos frescos recién arrancados de los árboles. Ambos concluyeron que era periodo de recolección, en donde los recolectores regresaban a la tribu para distribuir las frutas, yerbas, hongos y animalitos pequeños que recolectaban en el bosque. Por lo general eran personas muy frágiles o poco aptas para las batallas, pero con las energías y fuerzas suficientes para adentrarse en el bosque en busca de comida o plantas curativas.

- Quizás haya una tribu aquí cerca – pensó Yerutí – Debemos ser precavidos.

- Espero que no hayan “cazadores” en el grupo – dijo Arandú – en la tribu de Guariní el grupo de recolectores siempre iban acompañados por un guerrero o cazador para protegerlos de algún ataque.

- Si, y normalmente solo son uno o dos – le recordó Yerutí – ahora que no tenemos esas cuerdas que nos colocaba durante el cautiverio, podemos atacarlos fácilmente. ¡Somos más fuertes que los humanos!

Sus estómagos comenzaron a rugir de vuelta. Esta vez no pudieron controlarse, ya que el olor era demasiado atrayente que les borraba el raciocinio. Mientras se relamían los labios pensando en el manjar que se darían más adelante, comenzaron a avanzar sin prestar atención a sus alrededores.

Y entonces vieron una figura que parecía sostener un cesto de frutas y roedores recién atrapados. Yerutí, con su hermano a cuestas, fue directo hacia ahí y, antes de llegar, una red se levantó del suelo y los levantó por los aires, quedando atrapados.

- ¿Pero qué...?

Una fuerte carcajada se escuchó a unos metros de donde estaban colgados. Yerutí dirigió su mirada hacia abajo y vio a un humano cubierto de plumas multicolores y sosteniendo una especie de báculo de madera. ¡Era un chamán!

- ¡Oh! ¡Qué sorpresa! – exclamó el extraño humano, mientras los señalaba con su báculo - ¡Casi creí que mi trampa no funcionaría! Pero... ¡No esperaba encontrarme esto! ¡Estoy de suerte!
- ¿Quién eres? – preguntó Yerutí - ¡Bájanos de inmediato!

La rama que sostenía la red se aflojó y cayeron al suelo. La red se desparramó a su alrededor, por lo que Yerutí se levantó e intentó ayudar a su hermano a sacarse las cuerdas encima. Pero entonces, unas raíces enormes rodearon sus cuerpos y los inmovilizaron. La raíz que atrapó a Arandú se movió rápidamente en dirección hacia el chamán quien, al pronunciar unas palabras extrañas, consiguió que el daimon se quedara dormido.

Yerutí intentó usar su fuerza para liberarse, pero todo fue inútil. En el fondo, reconoció que ese chamán era bastante poderoso y temerario como para enfrentarse él solito contra dos daimones sueltos.

- Mal. Muy mal – murmuró el hombre, mientras hacía que las raíces soltaran a Arandú y lo colocaran por el suelo. Comenzó a palparle el torso y continuó hablando – No me percaté de que lo hayan envenenado con una flecha de esas. ¡Y está muy avanzado! ¡Qué lástima! Hubiese sido más sencillo si los dos daimones estuviesen en condiciones para enfrentarlos, pero...

- ¡Oye! ¿Qué haces con mi hermano? – gritó Yerutí, creyendo que el chamán estaba lastimando a Arandú - ¡Suéltalo o te arrepentirás!

- ¿Huyeron de una tribu hace poco? – preguntó el chamán, ignorando las amenazas de la joven daimon – Se nota que fueron criados en cautiverio. A su edad, deberían lucir un par de alas enormes – dirigió su mirada a Yerutí, haciendo que ésta tragara saliva al sentirse inspeccionada – Tranquila. Aunque no lo parezca, somos más parecidos de lo que crees. ¿Sabes? Yo también me escapé de mi tribu proveniente de las áridas tierras del Norte. Esta selva ha sido un paraíso para mí y anduve recorriendo por meses solo para buscar a dos daimones que puedan ayudarme a enfrentar a los Guardianes.

- ¿Guardianes? – preguntó Yerutí - ¿Quiénes son los Guardianes?

- Son los primeros descendientes del amor entre dioses y humanos, en la era en que el mundo terrenal y espiritual convivían en plena armonía. Se cree que fueron bendecidos por los dioses para custodiar las llaves de la morada celestial. ¿Sabes? He pasado toda mi vida entrenando para arrebatárselas esas llaves, pero un simple humano no puedo contra tan inmerso poder. Es por eso que la clave está en aliarme con los daimones...

- ¿Qué? ¿Pero cómo se te ocurre? ¡Si ustedes nos liquidan y esclavizan! – reclamó Yerutí con furia, volviendo a forcejear.

El chamán acercó una mano hacia la herida de Arandú, recorrió el contorno con un dedo y, de inmediato, el joven daimon lanzó un quejido

de dolor en su sueño profundo. Esto fue demasiado para Yerutí.

- ¡Basta! ¡Déjalo en paz! ¡Haré lo que quieras!

Capítulo 5

Capítulo 4. La maldición de los dioses

El chamán se detuvo. Luego, liberó a Yerutí y dejó que ésta se acercara a Arandú para abrazarlo.

Me llamo Marangatú – se presentó el chamán, sacándose su tocado de plumas que cubría por completo su cabeza.

Así Yerutí pudo apreciar su aspecto. Era un hombre de rostro rectangular, con algunas arrugas que surcaban el contorno de sus ojos y una pintura facial de línea roja que cruzaba la mitad de su nariz. Cuando sonrió a la daimon, reveló algunos dientes ausentes, como si hubiese recibido un feroz golpe que lo dejó desdentado.

Soy Yerutí – se presentó la joven daimon de mala gana – y mi hermano es Arandú.

Tienen suerte de que nuestros caminos se cruzaran – dijo Marangatú – Puedo curar a Arandú, pero necesito que me hagas un favor.

¿Tiene que ver con los Guardianes? – preguntó Yerutí.

Así es.

¿Y qué te hace pensar que pueda enfrentarlos? – cuestionó la joven daimon - ¡Si ni siquiera pude contigo! ¡Ni logré librarme del chamán de la tribu que nos capturaron de niños!

Sí. Es cierto que los daimones no pueden contra los chamanes porque ninguno es apto para controlar a los espíritus de la naturaleza. Pero si se alían con un humano que tiene el don, podrá al menos enfrentarse a un Guardián... con astucia e ingenio.

Marangatú volvió a acercarse a Arandú. Yerutí se aferró aún más a su hermano, pero el chamán solo atinó a mirarlo atentamente. Tras una breve pausa, continuó:

Si esa flecha envenenada hubiese atravesado a un humano o animal común, lo mataría al instante. Pero los daimones no son simples bestias. No, no, no. Ustedes, al igual que los Guardianes, también descienden de la unión de los humanos con los dioses, solo que fueron maldecidos por estos últimos.

¿Por qué maldecidos?

Porque intentaron desafiarlos y causaron el caos en este mundo.

¿Cómo sé que no estás mintiendo?

¿Qué ganaría con eso? Solo transmito lo que me enseñaron durante mi entrenamiento. Es una sabiduría compartida entre los chamanes de este mundo, sin importar de qué tribu o tierra provengan. Gracias a nuestra habilidad de comunicarnos con espíritus, podemos encontrarnos en

distintos rincones del mundo para compartir nuestros conocimientos.

Aunque a Yerutí le pareció bastante impactante la idea de ser mitad diosa y mitad humana, eso no significaba nada en aquel entonces. Solo sabía lo que experimentó en su atormentada vida y su único deseo era ser libre junto a su hermano, recuperando aquella paz que vivieron de niños en lo profundo de la selva Guaraní.

Puedes creerme o no, eso no me afecta. Pero ten en cuenta que a tu hermano no le queda mucho tiempo. Seré breve: somete a los guardianes y róbales las llaves del cielo. Me gustaría acompañarte, pero estoy muy viejo para un viaje tan largo. Y debo cuidar de Arandú. ¿O me equivoco? Pero no te preocupes, que mi hija te acompañará.

¿Tu hija?

Sí. Tengo una hija. Se llama Anahí. Es muy agradable, por cierto. Pero necesita amigas, así es que espero que se lleven bien.

Dudo mucho que pueda llevarme bien con un humano.

Supongo que tienes razón. Pero al menos haz el esfuerzo. Se necesitarán la una a la otra para enfrentar esta travesía. Bueno, es hora de ir con ella, nos está esperando en nuestro refugio.

Yerutí alzó a Arandú en brazos y siguió a Marangatú en su refugio, el cual consistía en una cueva protegida por unas frondosas ramas. Marangatú las separó para rebelar la entrada. La joven daimon intuyó que el chamán y su hija ya llevaban tiempo ahí dentro, dado que encontró una gruta sencilla y confortable, donde distribuyeron por los rincones algunos sacos de plantas curativas y vasijas de barro secas. En el centro había una roca que servía de asiento y cama y, encima de ella, estaba sentada una muchacha de baja estatura, piel lisa y cabellos negros recogidos en dos largas trenzas que caían elegantemente sobre sus pechos. Al contrario que su padre, no llevaba plumas ni accesorios que cubriesen su cuerpo, solo un trozo de tela que se envolvía alrededor de su cintura y cubría su entrepierna. La hija del chamán, al encontrarse con tan extraña visita, se levantó y se llevó ambas manos en la boca. Marangatú extendió sus brazos y le dijo:

Tranquila, Anahí. Son inofensivos.

El chamán le explicó brevemente a su hija lo sucedido. Ella no dijo nada ni lo interrumpió. Simplemente escuchó, de vez en cuando agitando la cabeza en señal de haber entendido sus palabras.

Mientras hablaban, Yerutí acostó a Arandú por el suelo. Éste abrió los ojos y le preguntó a su hermana qué había sucedido, a lo que la joven daimon procedió a explicarle su versión. Cuando terminó, Arandú le suplicó:

¡No te vayas, por favor! ¡No me dejes con ese hombre!

Debo hacerlo – dijo Yerutí, cuyos ojos comenzaron a humedecerse,

haciendo un gran esfuerzo para no llorar – es la única forma de salvarte la vida.

¡Pero podría ser una trampa!

Él me encargará a su hija. ¿No te parece un buen intercambio? No se atreverá a dañarte sabiendo que la vida de su hija está en mis manos.

Y era cierto. Anahí no solo serviría para apoyar a Yerutí con los Guardianes sino, también, para asegurar la vida de Arandú. Aún sin decirlo, las intenciones del chamán era brindar esa confianza a la joven daimon para que ésta pudiese cumplir con su misión. Era un extraño intercambio y que, en el fondo, escondía una oscura intención que en esos momentos no tenía interés en descubrirlo.

Cuando Marangatú y Anahí dejaron de charlar, se acercaron a los hermanos daimones. El chamán cubrió a Arandú con unas mantas de pieles, entregó a Anahí una bolsa de comida y hierbas y le dijo:

Recuerda: potencia la fuerza de Yerutí y, luego, sella los poderes de los guardianes como te enseñé. ¿Entendido?

Sí, padre.

Bien. Ya pueden irse. Nosotros los esperaremos aquí mismo.

Yerutí y Anahí se dirigieron hacia la salida. La joven daimon dio una última mirada a su hermano y le dijo:

Regresaré. Te lo prometo.

NOTA DE AUTORA: En el mito, Marangatú era un líder considerado por su tribu como generoso, también conocido como el padre de Kerana, una mujer que engendró a los siete monstruos de la mitología guaraní. Actualmente se usa el término "Marangatú" para referirnos a una persona bondadosa c:

Capítulo 6

Capítulo 5. Sentimientos contradictorios

Yerutí logró atrapar a un yaguareté y despellejarlo para comer su carne. Anahí quedó asombrada por la habilidad de la daimon de cazar a un felino ágil, tanto que no paraba de mirarla y preguntarse cómo podía desenvolverse fácilmente en la selva siendo criada en cautiverio.

En la tribu de donde escapé, entrenaban a los daimones para pelear y cazar – le explicó Yerutí – ¿Acaso en su tribu no hacen eso? No – respondió Anahí, mostrando una expresión de tristeza – los daimones son cazados por sus cotizados cuernos y plumas. De hecho, mi padre confeccionó su propio tocado de plumas de daimon. Sí, lo sé. Suena muy cruel.

La verdad, preferiría que me hubiesen matado en lugar de vivir este infierno – dijo Yerutí, dando un fuerte mordisco al trozo de carne del felino – no te imaginas el tormento que sufre mi gente cuando son arrancados de sus padres en plena infancia.

Anahí evitó mirar a Yerutí por un buen rato. Como un intento de romper con esa tensión, decidió prender fuego para cocinar la parte de la carne que le tocó consumir. Mientras frotaba unos palillos junto a hojas secas que logró juntar para la fogata, realizó un cántico con el que logró convocar al espíritu del fuego y aire y, así, generar unas llamas más potentes de forma rápida y efectiva.

Eres buena – dijo Yerutí, sorprendiéndose por la habilidad de su peculiar compañera humana.

Mi padre lo habría hecho en segundos – respondió Anahí, con un leve sonrojo por el halago – ¿Sabes? Pertenezco a una tribu donde no es común que las mujeres sea chamanes. Pero como fui la única que nació con el don, era la mejor candidata para suplantar a mi padre cuando éste llegase a sus últimos años de vida. Pero entonces... lo desterraron. Y fui con él.

¿Desterrado? – preguntó Yerutí – ¡Pero él me dijo que huyó de la tribu! Lo dice para no herir su orgullo – Confirmó Anahí, haciendo una breve pausa para masticar su carne. Una vez que tragó su bocado, continuó – ¿Sabes? Nuestra tribu fue afectada por una epidemia y el cacique culpó a mi padre de haber causado la enfermedad ya que, por más que trataba, no lograba curar a los enfermos. Así es que lo desterró para demostrar su culpabilidad. Y como él es mi única familia, decidí seguirlo para apoyarlo en sus sesiones chamánicas.

Yerutí no hizo comentario alguno. En realidad, sintió una extraña sensación al ver que estaba charlando con una humana como si fuesen “iguales”. Era la primera vez que no la trataban con menosprecio, como si

fuese una bestia irracional como las que pululaban en los bosques. Aun así, sus sentimientos eran contradictorios. Le caía bien Anahí, pero seguía siendo una humana. Y los humanos no eran de confiar. Debía mantenerse alerta por si planeaba "algo más" en el viaje.

¿Mi padre te habló de los guardianes? – le preguntó Anahí a Yerutí, interrumpiendo sus pensamientos.

Sí – respondió Yerutí – dijo algo de que custodiaban las llaves del cielo.

¿Y te explicó el porqué los quería?

No.

¿iY aceptaste ayudarlo así, sin más!?! – preguntó Anahí, con los ojos bien abiertos.

Bueno, si no recolecto las llaves, no salvaré a mi hermano. ¿Entiendes? – respondió Yerutí, inflando sus mejillas por recordar aquella humillación de hacia unos instantes - ¡Me da igual lo que haga con ellas! ¡Yo solo quiero salvar a Arandú y ser una daimon libre!

Anahí suspiró, ya que se percató de que Yerutí eran de las que reaccionaba de forma impulsiva. Siguió comiendo en silencio y, cuando procedió a asar el siguiente trozo de carne, decidió seguir con la conversación.

Se cree que las llaves de la morada celestial pueden cumplir cualquier deseo. Pero, para eso, debes enfrentar a los siete guardianes que están escondidos en los siete templos. Cada templo se encuentra localizado en los distintos rincones de la Selva Guaraní, ya que fue en estas tierras donde surgieron los primeros humanos. Ahora mismo nos estamos dirigiendo al templo del perro-lagarto, localizado en las cavernas del cerro Yaguarón. Dicen que es de los guardianes más inofensivos, pero, también, quien "lidera" a los demás: Si vencemos a éste, someteremos al resto.

¿Y por qué me cuentas todo esto?

¿No tienes algún sueño que quieras cumplir? ¿Algo que "desvíe" los deseos de mi padre para hacer realidad tu sueño?

Yerutí estuvo a punto de responder cuando escuchó el sonido de unas pisadas fuertes. Soltó el trozo de carne que le sobró y se incorporó, mirando por los alrededores. Anahí la imitó y se acercó a ella. Enseguida apareció de entre las sombras de los árboles un daimon... o eso parecía. Era un hombre de mediana estatura, con un par de cuernos cortados casi al ras de su cabeza y, al igual que Yerutí, lucía unas extrañas salientes de piel en su espalda en lugar de alas. El sujeto, al verlas, mostró una sonrisa tétrica, como si se encontrase en pleno delirio.

NOTA DE LA AUTORA: existe una leyenda sobre una joven indígena llamada Anahí, la cual fue capturada por los colonizadores que la

quemaron viva. Sin embargo, su cuerpo se convirtió en un árbol de flores rojas. En esta historia la chamana Anahí usará bastante el fuego como un guiño a la leyenda.

Capítulo 7

Capítulo 6. El desafortunado encuentro

Sin dudarlo, el daimon se lanzó por sobre las chicas con las intenciones de atacarlas. Por suerte, tanto Yerutí como Anahí lograron esquivarlo a tiempo. La joven daimon se colocó delante de la hija del chamán y le preguntó al extraño:

¿Quién eres? ¿Qué pretendes con atacarnos?

El daimon tomó el trozo de carne que Yerutí dejó en el suelo y se lo comió de un solo bocado. Luego, se limpió la boca con el dorso de su mano y respondió:

Soy Pombero, un daimon que escapó de una tribu humana muy hostil. Estamos en el mismo barco, camarada – al decir esto, su retorcida sonrisa se amplió y soltó una suave carcajada – Pero mira nada más. He visto de todo en esta vida, pero nunca creí que me encontraría a una daimon y a una humana conviviendo... ¡como amigas! ¡Jah! ¡Eso sí que me sorprendió!

Yerutí, deshazte de él – le susurró Anahí, a modo de súplica – Siento algo extraño en su espíritu...

Pero Yerutí no se movió. Todavía quería seguir escuchándolo ya que creía que podría ser uno de los daimones de la tribu donde escapó... o de la tribu enemiga que lastimó al pobre de Arandú. Quizás así conseguiría sonsacarle alguna información sobre el estado de esas tribus y qué tipo de veneno usaron para sus flechas.

¿De dónde vienes? – Le preguntó Yerutí - ¿Sera que la tribu de donde escapaste usaba flechas envenenadas?

Lastimosamente, Pombero ignoró sus preguntas y decidió ir a su interés, haciendo que la conversación se desviara para otros horizontes.

En realidad, las estuve escuchando – dijo Pombero, acercándose lentamente a ellas - ¿Así es que buscan esas “llaves” que cumplen deseos? Y tal parece que la humana sabe dónde se encuentran, ¿no?

Anahí tembló al sentirse observada por el daimon y se aferró al brazo de Yerutí. Ésta se puso en posición de defensa, rogando en el fondo que no se diera lugar una batalla. No sabía qué tan fuerte podría ser su contrincante.

Por sus reacciones, veo que acerté. Bien, chica daimon, ¿qué te parece esto? Tú me entregas a la humana y yo te dejaré en paz. ¿Qué dices?

¡Me niego! – respondió Yerutí - ¡Ella es mía!
Bueno, como quieras. Solo no te vayas a arrepentir.

El daimon se abalanzó sobre Yerutí para lanzarle un puñetazo en la cara, el cual logró bloquearlo con sus brazos. Luego, la joven daimon dio una patada hacia la pierna de su contrincante, haciendo que éste tambalease por el impacto. Pero no se cayó.

“Es... muy fuerte”, pensó Yerutí. “Seguro que también fue entrenado para duelos de combate”

Creo que te subestimé – dijo Pombero, volviendo al ataque – así es que me pondré serio.

Me decepcionaría que te detuvieras – respondió Yerutí, con una mirada desafiante – ahora que soy libre, podré sacar todo mi potencial en combate.

¡Jah! ¡Lo mismo digo! ¡Aquí es un todos contra todos! ¡Golpéame con todas tus fuerzas!

Ambos daimones comenzaron a pelear. Yerutí se percató de que Pombero y ella estaban bastantes igualados. Pero la diferencia era que Pombero se veía muy agotado, como si no hubiese tragado bocado por días. Al menos Yerutí sabía cazar y, como recién acababa de comer la carne del felino, se encontraba llena de energías para resistir un breve combate.

Anahí, aprovechando que Yerutí mantenía a Pombero alejado de ella, invocó a los espíritus de la tierra y las plantas, logrando así levantar unas raíces que rodearon los pies de Pombero. De esta forma, Yerutí le propinó un golpe tan fuerte en el mentón que lo dejó inconsciente.

¡Bien! ¡Marchémonos! – dijo Yerutí, tomando a Anahí en brazos y corriendo lo más rápido que pudo para alejarse del lugar.

Anahí sintió que volaba, aunque su compañera solo corría muy rápido. En verdad se asombró por la gran fuerza de la daimon y, en esos instantes, entendió el porqué su padre quería usarla para enfrentarse a los guardianes. La sangre divina todavía recorría en las venas de los daimones, por lo que podrían soportar los ataques de los guardianes aún sin contar con la habilidad de controlar a los espíritus de la naturaleza.

Yerutí dejó de correr cuando llegaron hasta una laguna de aguas claras. Dejó a Anahí en la orilla y se sumergió de cuerpo entero para refrescar la piel. La muchacha, en cambio, se desenredó las trenzas, se sacó el taparrabos que cubría su entrepierna y también se metió al agua.

Tras varios minutos de relajamiento en el agua, prosiguieron con su charla

interrumpida.

¿Entonces sabes dónde se encuentra cada templo? – le preguntó Yerutí
¡Sí! – respondió Anahí, con entusiasmo – Los chamanes tenemos contacto
directo con los espíritus a través de los sueños. Ahí, todo está conectado.
Es así como mi padre logró localizarlos y, luego, me enseñó a hacer lo
mismo por si nos tocaba separar nuestros caminos.

¿No será que tu padre buscaba dos daimones para ir a los distintos
templos y obtener las llaves rápidamente? – le preguntó Yerutí.

Si. Ese era el plan inicial.

Lo digo porque, cuando caímos en su trampa, Marangatú comentó que
“era una lástima” que mi hermano estuviese lastimado. Al final solo
retrasamos su misión.

Al contrario. Yo creo que es lo mejor que les pudo pasar.

¿Por qué lo dices?

Anahí evitó responder a su pregunta y solo atinó a salir de la laguna para
secarse. Yerutí siguió un rato más hasta que también decidió salir. Cuando
eso, ya la muchacha volvió a colocarse su taparrabo y recoger sus
cabellos, esta vez, en una sola trenza que caía por sus espaldas.

El cielo se tornó cada vez más oscuro, así es que decidieron buscar alguna
cueva o árbol hueco para resguardarse de las bestias nocturnas. Por
suerte, encontraron lo primero y decidieron dormir ahí. Pero Yerutí apenas
pudo cerrar los ojos.

Pasaron muchas cosas en un solo día y no dejaba de pensar en Arandú:
“¿Estará bien? ¿De verdad Marangatú lo estará cuidando? ¿Conseguirá
extraerle ese veneno?” y, además, también pensó en Pombero y en la
breve pero intensa batalla que tuvieron en su encuentro. Solo deseaba
haber corrido lo suficientemente lejos como para que éste les perdiera el
rastros, pero, en el fondo de su corazón, tuvo la horrible sensación de que
se volverían a encontrar en un futuro cercano.

Pombero: es una criatura muy popular de la mitología guaraní. Se dice
que, si mencionas su nombre en el monte, éste puede aparecer para
hacerte daño. Pero si le regalas cigarros y caña, se volverá tu mejor
amigo y te protegerá. Algo así como un antihéroe

Capítulo 8

Capítulo 7. El guardián de la oscuridad

Un joven guerrero errante, armado con una lanza y de rostro pintado con líneas negras, se topó con el refugio de Marangatú. Éste lo recibió y, a modo de saludo, le dijo:

No esperaba verte aquí, Lambaré.

El muchacho se apoyó sobre su lanza y, mirando fijamente al chamán, le respondió:

Entrégame a tu hija. Ahora.

Temo que será imposible – le contestó Marangatú – ella ahora está lejos de aquí, intuyo que cerca del cerro Yaguarón. ¿Lo conoces?

¿i¿Qué?!? – exclamó Lambaré, con furia - ¡Pero ese lugar está maldito! ¿Cómo pudiste?

Si tanto la quieres, ve por ella. Aquí solo estás perdiendo el tiempo. Asumo que conoces el camino, ¿o me equivoco?

Lambaré tomó su lanza, dio una última mirada de odio a Marangatú y se marchó de inmediato.

El chamán volvió a entrar en la cueva. Arandú se encontraba durmiendo profundamente y tenía la herida cubierta con unas hierbas molidas que succionaban poco a poco el veneno de su interior. Marangatú acercó una oreja hacia el pecho del joven daimon para escuchar los latidos de su corazón. Al sentirlo estable, se separó unos metros para contemplar a su paciente y pensó:

Cuando te recuperes, apoyaremos a Anahí y a Yerutí. Aunque, conociendo a mi hija, puede que ya terminen antes de que despiertes. Y confío en que tu hermana es muy capaz. ¿No lo crees, joven daimon?

A excepción de la riña con Pombero, Yerutí y Anahí tuvieron un viaje sin contratiempos hacia el cerro Yaguarón. Mientras que la daimon se encargaba de cazar y recolectar comida, la hija del chamán realizaba sus rezos para que los espíritus de la naturaleza fuesen benéficos con ellas y los llevaran a caminos seguros. Fue así que, tras dos días de deambular por los senderos de la Selva Guaraní, consiguieron llegar al lugar.

El cerro se extendía bien alto por el cielo, mostrando partes rocosas y, otras, cubiertas por los árboles. Cerca, corría un pequeño arroyo donde

las chicas pudieron refrescar sus pies callosos de tanto caminar. Mientras reponían sus energías para subir al cerro, Yerutí le preguntó a Anahí si podía hacer que le creciesen las alas.

Temo que eso será imposible – lamentó Anahí – los chamanes solo podemos controlar a los espíritus de la naturaleza y alterar ciertos componentes de nuestro entorno. Pero algo que se destruyó con malicia es imposible de reconstruir. La crueldad y el odio corrompen el alma y, cuando se te arrancaron tus alas, parte de tu esencia se disipó.
Ah. Entiendo.

A Yerutí no le convenció la explicación de Anahí, pero decidió no seguir presionándola. Así es que retiró sus pies del arroyo y los apoyó por unas piedras para que se secan al sol.

Debemos prender fuego – dijo Anahí, preparando unas antorchas que improvisó con unas ramas gruesas y cuerdas inflamables – el guardián al que vamos a enfrentar se lo conoce como “el guardián de la oscuridad”. Dice que no soporta la luz y que, por eso, vive entre las cavernas. Eso no suena a algo que haría un daimon – dijo Yerutí – nosotros adoramos la luz del sol y preferimos cazar de día. Pero los guardianes tampoco son humanos... ni daimones. ¿Entonces qué son?

Anahí solo se encogió de hombros y se enlistó para proseguir con la marcha.

La subida fue muy dolorosa. Había rocas bastante filosas y, también, senderos en vertical donde no les quedaba de otra más que trepar por las piedras. Aún así, consiguieron encontrar las primeras cuevas casi a la mitad del cerro.

Anahí comenzó a rezar para que los espíritus le señalaran dónde se encontraba el templo del perro-lagarto. Luego, cerró los ojos y señaló la entrada más grande que había en la hilera de cuevas.

Los espíritus me advirtieron que tenga cuidado – dijo Anahí – Así es que entremos con las antorchas encendidas ahora mismo. Esos espíritus son muy convenientes – comentó Yerutí – Ojalá pudiera interpretarlas y manejarlas a mi antojo para facilitar mis cacerías. De hecho, puedo hacer que los espíritus te obedezcan – dijo Anahí – así se potenciaría tu fuerza natural y podrías enfrentarte a cualquier criatura poderosa. Pero, por ahora, confiemos en que podamos derribar a este guardián sin recurrir a ese método porque, en serio, agota todas las energías.

Ambas tomaron una antorcha de fuego y entraron a la cueva.

A medida que avanzaban, la gruta se volvía más y más oscura. Anahí comenzó a temblar. Yerutí se colocó delante de ella, activando todos sus sentidos por si le tocaba enfrentarse al guardián en un entorno lejos de la luz.

Y ya cuando estuvieron en lo más profundo de la cueva, escucharon una voz de ultratumba que parecía provenir de la mismísima oscuridad.

¿Quiénes son los que osan corromper la sagrada morada del templo del perro-lagarto?

¿Guardián de la oscuridad? ¿Eres tú? – preguntó Yerutí, moviendo su antorcha de izquierda a derecha.

Al no obtener respuesta, continuó:

Solo venimos para pedirte la llave que custodias en este templo. Si nos las entregas, te dejaremos en paz.

Un viento fuerte venido del interior de la gruta provocó que las antorchas se apagaran. Ambas se abrazaron, sintiéndose desprotegida. La voz le respondió a Yerutí con un tono más grueso y hostil:

¿Cómo se atreven a tal osadía? ¡No puedo brindarles la llave porque reside en mi corazón! ¡Y si no fuese así, no daría a tales criaturas que no respetan los aposentos sagrados de los guardianes!

Anahí dio un grito al sentir que alguien la golpeaba por la espalda. Yerutí le pidió que prendiera otra vez la antorcha, pero fue inútil. El viento se volvió cada vez más fuerte.

¡Cobarde! – gritó Yerutí - ¡Muéstrate y pelea conmigo!

No – fue lo único que respondió el guardián de la oscuridad antes de dirigir su golpe hacia el estómago de la joven daimon.

Mmmh... mi padre nunca me habló de esto – dijo Anahí, intentando controlar a los espíritus del viento para retornar la batalla a su favor, en vano – Creí que los guardianes solo guardaban las llaves del cielo, no que sus corazones fuesen las llaves. Esto quiere decir que... ¡Oh, no! ¡Es un gran problema!

¡No lo entiendo! ¿Qué hay de malo? – preguntó Yerutí, mientras movía sus brazos por todas las direcciones, en un vano intento de golpear a un ente invisible que se negaba a manifestarse - ¡Solo debemos arrancarle el corazón y ya! ¡No es tan complicado!

¡No! ¡No lo entiendes! – insistió Anahí – Si lo hacemos... ¡Las llaves perderían su efecto divino!

¿Y cómo sabes eso?

Es pura intuición

¡Eso no es seguro!

La humana tiene razón – interrumpió el guardián, sin dejar de lanzar sus

golpes en plena oscuridad – me gusta su deducción. Veo que los humanos con la habilidad todavía conservan parte de los conocimientos transmitidos por los guardianes hace eras... aunque algo distorsionado. Cada vez entiendo menos lo que pasa – murmuró una ansiosa Yerutí - ¡Ya me estoy hartando!

Lanzó un último golpe al aire y, esta vez, sintió que le daba a algo. No tardó en escuchar un quejido y, de inmediato, siguió lanzándole más golpes.

¡Bien! ¡Ya te tengo! – dijo Yerutí, abriendo bien grande los ojos para intentar distinguir a la extraña figura humanoide que se levantaba delante suyo - ¡Si no podemos matarte, entonces te capturaremos! No puedes derrotarme – dijo el guardián, tomando a Yerutí de las muñecas y torciéndolas por detrás – Mientras luches en la oscuridad, no tienes ninguna oportunidad conmigo.

Las ráfagas de viento desaparecieron y se vieron envueltos en la oscuridad.

NOTA DE LA AUTORA: Lambaré existió en verdad. Era un cacique en los tiempos de conquista. Aquí hice que el personaje fuese el hijo de un cacique para un pequeño guiño a esta figura histórica

Capítulo 9

Capítulo 8. El joven guerrero

Yerutí forcejeaba en vano mientras que Anahí, a quien se le había resbalado su antorcha por culpa de los golpes, comenzó a tentar por el suelo para buscarlo. Aunque, sin luz, no podía ver nada.

¡Resiste, Yerutí! – Le pidió Anahí – Ya encontraré la solución.
¡Pues date prisa que me arranca el brazo! – se quejó Yerutí por el dolor.
¡Qué patéticas! – dijo el guardián, sin contemplaciones - ¡Fueron unas estúpidas al entrar aquí sin escoltas! Ahora nadie las va a salvar.

Y fue ahí cuando Anahí, a lo lejos, vislumbró una pequeña flama que se acercaba cada vez más y más. Sin dudarlo, rezó al espíritu del fuego para que la llama de aquel desconocido intrépido que ingresó a la cueva sin miedo, aumentara de tamaño. Y para potenciar aún más el rezo, tomó un cuchillo que guardaba en su bolso y se cortó su larga trenza. Así, usaría sus propios cabellos como combustible para crear una fogata.

¡No! – gritó el guardián, soltando repentinamente a Yerutí e intentando retroceder.

La joven daimon, al verse libre y siendo capaz de ver a su contrincante, fue directo hacia él para propinarle una fuerte patada en la espalda. De inmediato, el guardián se desplomó por el suelo y perdió el conocimiento.

Anahí extrajo de su bolso una soga de color negro, se acercó al guardián de la oscuridad y se lo colocó alrededor del cuello, mientras explicaba a Yerutí:

Con esto podré sellar sus poderes. Tengo varias cuerdas “bendecidas” por mi padre para tal propósito. Ahora, Yerutí, ayúdame a amarrarlo.

La joven daimon obedeció y ató las manos del guardián.

¡Oye! ¿Qué está pasando aquí? – dijo el extraño dueño de la flama salvadora que revertió el resultado del combate.

Ambas giraron la cabeza hacia él. Anahí abrió los ojos de la sorpresa y solo atinó a decir:

Tú...

El extraño también parecía sorprendido por verla.

¿A... Anahí? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

La hija del chamán se levantó, corrió directo hacia él y lo recibió con un gran abrazo. El joven guerrero soltó su antorcha de la sorpresa, ya que no esperaba ese recibimiento por parte de ella. Tras unos breves segundos, la joven se separó y le dijo:

Pensé que nunca más te vería, Lambaré. ¿Pero qué haces aquí? ¿Por qué estás lejos de la tribu? ¡Si eres el hijo del cacique!

¡Yo estoy más confundido que tú – le dijo Lambaré. Luego, pasó sus manos por los cabellos recién cortados de Anahí y exclamó – Esto habrá sido duro para ti, lamento no haberte encontrado antes. Pero ahora que estoy aquí, te llevaré de inmediato con nuestra gente.

Lo siento, Lambaré – dijo Anahí, girando levemente la cabeza y mostrando una expresión de tristeza – no puedo abandonar a mi padre. Además, estoy en una misión.

Lo entiendo. Entonces déjame acompañarte en lo que sea que estás haciendo. No hace falta que me expliques nada. Solo no quiero perderte... otra vez.

Anahí volvió a mirarlo, esta vez, a los ojos. Al final, solo mostró una pequeña sonrisa y respondió:

No me dejarás tan fácilmente, ¿No? Siempre has sido terco cuando se trata de mi seguridad.

Sabes que sería capaz de ir al fin del mundo para encontrarte.

Suenas a un hombre enamorado.

¡E... eso no es cierto!

Y mientras conversaban, fueron interrumpidos por una impaciente Yerutí que intentaba cargar el pesado cuerpo del guardián de la oscuridad.

¡Oigan! ¿Pueden dejar su romance a un lado y ayudarme con esto? ¡Es más pesado de lo que creía!

Los tres arrastraron al guardián hasta la entrada de la cueva, corroborando así lo pesado que era. Cuando al fin fueron cubiertos por la luz del sol, pudieron apreciar el aspecto de su contrincante recién derrotado: era un hombre con la piel cubierta de escamas, a excepción de su cabeza, manos y pies que tenían un aspecto humano. Sin embargo, en lugar de orejas humanas lucía un par de orejas de perro que sobresalía de entre sus cabellos negros.

Esto no se parece nada a un daimon – señaló Yerutí.

Ni a un humano – continuó Anahí – pero creo entender el porqué estaba escondido en esta cueva: algunos reptiles prefieren estar en ambientes húmedos y detestan el fuego. Pero no parece que le afecte el sol, quizás tenga razón con eso de que nuestros conocimientos se transmitieron de

forma errónea.

También tiene las cualidades de un perro – observó Yerutí – quizás por eso pudo detectarnos sin problemas en la oscuridad, gracias a su olfato. En serio no entiendo lo que está pasando – dijo Lambaré - ¿En verdad es un guardián “de esos” que nos contaban de niños? ¡Pero si esos son puras leyendas!

Pues por lo visto no lo son – dijo Anahí – solo obsérvalo.

Lambaré abrió y cerró los ojos varias veces hasta corroborar que no fuera un simple daimon. Esa criatura humanoide se veía bastante aterradora, hasta el punto de que temía que unas simples cuerdas poseídas por espíritus pudiesen detenerlo. Así es que presionó fuertemente su lanza por si le tocaba defender a su vieja amiga de esa bestia.

El guardián comenzó a despertarse. Los tres se fijaron en él para atender a sus reacciones. Al verse rodeado, con sus poderes sellados y maniatado, solo atinó a relajarse y decir:

Está bien, ustedes ganan. Ahora veo que ya estoy viejo para seguir peleando. Mis poderes se han debilitado por la inactividad y ni siquiera puedo deshacerme de estas cuerdas. Fracasé como guardián.

¿Entonces cooperarás con nosotros? ¿Así sin más? – preguntó una incrédula Yerutí.

La verdad es que estoy curioso por saber qué planean – respondió el guardián – Además, este día ha sido muy extraño para mí: ver a un daimon y a un humano trabajando en conjunto... como iguales... En verdad sí que el mundo ha cambiado. ¡Los dioses quedarán sorprendidos por tal hazaña!

Bien. Entonces te mantendré vigilado, guardián de la oscuridad – dijo Yerutí.

Llámame por mi nombre: Chapai.

Está bien. Chapai. Yo soy Yerutí y, desde ahora, tu destino está en mis manos.

El grupo formó una hilera en donde Lambaré y Anahí se colocaron delante de Chapai. Yerutí se colocó por detrás para no despegarle los ojos de encima.

La bajada al cerro Yaguarón fue menos tortuosa que la arribada. Quizás fuese porque los poderes del guardián se sellaron y ya dejó de “intervenir” en ese espacio. También podría ser que las habilidades de Anahí se desarrollaron mucho mejor después de la experiencia en la cueva. Aún así, todos agradecieron a los dioses por ese momentáneo alivio. Solo les quedaba ir al siguiente templo y no querían imaginarse qué tan difícil sería enfrentarse al siguiente guardián.

N/A: los guardianes están inspirados en los siete monstruos principales de la mitología guaraní, aunque decidí tomar más bien sus atributos mágicos y darles formas humanoides para más placer (?) Xd.

El guardián de la oscuridad, Chapai, tiene los atributos mágicos de Teju Jagua (significa lagarto perro, de ahí el nombre), en el mito se dice que tiene el cuerpo de un lagarto y siete cabezas de perro. Debido a eso, no puede moverse y permanece por siempre en una cueva.

Otro comentario aparte: el cerro Yaguaron si existe, solo googleenlo :p Algunas locaciones tomé de sitios existentes de mi país para guiarme mejor en esta versión del "camino a la aventura", obvio teniendo en cuenta que los trayectos serán mas largos por estar en la prehistoria ja ja. Por cierto, "Yaguaron" significaría algo así como "perro grande"

Capítulo 10

Capítulo 9. Lo que tienen los hombres

Mientras caminaban en dirección al siguiente templo, Anahí le explicó rápidamente a Lambaré sobre su misión. El joven guerrero quedó asombrado y, a la vez, intrigado por conseguir que una daimon aceptara ayudarlos. Hasta mencionó que siempre creía que los daimones eran criaturas hostiles, solitarias y carente de sentimientos.

Yerutí, al oír tremenda falacia, dijo:

Puede que los daimones no tengamos "tribus", pero no somos seres sin corazón. Es más, mis padres eran demasiado amorosos para mi gusto y daban todo de sí para protegernos a mi hermano y a mí.

Creo que me equivoqué. Hay cosas que no cambian – comentó Chapai - ¿En serio los daimones todavía no se organizaron en tribus para enfrentarse a los humanos?

¡Oye! ¡No le des ideas! – bramó Lambaré, dando una vuelta para darle un golpe en un hombro

¡Cálmense todos! – interrumpió Anahí – Ahora debemos prepararnos para ir al siguiente templo localizado en la unión de los dos grandes ríos.

¿Los dos grandes ríos? – Preguntó Yerutí.

Sí. La selva Guaraní es bordeada por dos grandes ríos que nacen de las tierras del Norte y Este respectivamente – explicó Anahí – Y a medida que nos dirigimos hacia el sur, siguiendo la corriente de uno de los ríos, se llega fácilmente al templo del loro sin extremidades.

¿Loro sin extremidades? – volvió a preguntar Yerutí, tratando de imaginar a un loro sin alas ni patas.

¿En serio tienes que repetir todo lo que te digan? – Murmuró Lambaré.

Yerutí lo fulminó con la mirada mientras que, Anahí, solo atinó a darse un golpe en la frente mientras daba un suspiro.

Eso de "sin extremidades" es un decir – aclaró Chapai – La verdad nunca entendí el porqué a Jaimei lo apodaron de ese modo. A no ser que... se refieran a "eso" de entre las piernas. ¡Es el único guardián que no lo tiene!

Tanto Lambaré como Anahí hicieron muecas extrañas. Yerutí solo se mostraba aún más curiosa por saber a qué se refería Chapai. Tras un breve silencio, Anahí se atrevió a preguntar:

¿Es una mujer?

Bueno, nunca se lo pregunté – dijo Chapai, encogiéndose los hombros – aunque supongo que las mujeres no tienen "eso" para que no interfiera en su habilidad de traer vida al mundo. Quizás Jaimei sea una mujer... o un

hombre "diferente".

¡Bueno! ¿Pero por qué deduces que el siguiente guardián es una mujer? – le preguntó Yerutí a Anahí.

Bueno.... – Dudó Anahí de explicarlo, aunque se sentía sorprendida por la gran inocencia de su peculiar compañera de viaje - ¿Cómo explicártelo?

¡Ya sé! Tú y tu hermano son mellizos. ¿No es verdad?

Sí. Así es.

Y, sin embargo, son diferentes físicamente. Es decir, ¿te has fijado que Arandú tiene algo que a ti te falta?

Yerutí se quedó pensativa. Todos la miraron para saber el porqué pensaba demasiado. Al final, respondió:

¡Sí! Tiene algo que le cuelga de entre las piernas. Lo usa para orinar. Pero no sé cómo se llama.

¡Pene! ¡Se llama pene! – dijo Anahí en voz alta, haciendo que Lambaré se sobresaltara - ¡Todos los hombres lo tienen!

Yerutí dirigió su mirada hacia la entrepierna de Chapai. Éste se sintió extrañamente incómodo, ya que no estaba acostumbrado a que le inspeccionaran el cuerpo. Al final, Yerutí exclamó:

Es más pequeño que el de mi hermano.

Tanto Lambaré como Anahí abrieron la boca de la sorpresa. Chapai se acurrucó por el suelo, en un vano intento de ocultar su miembro ante la vista de Yerutí, mientras reclamaba:

¡Ten más respeto! ¡Soy un guardián!

Yerutí giró su cabeza hacia Lambaré. Éste se cubrió el taparrabo al instante y le advirtió:

¡Ni se te ocurra decir nada!

Anahí solo sonrió y siguió su camino, seguido por el resto. Yerutí siguió reflexionando al respecto, pensando que todavía tenía mucho que aprender sobre su especie y la naturaleza en general.

La charla fue interrumpida cuando escucharon unos gritos de auxilio, lo cual alertó a la joven daimon.

Alguien necesita ayuda – dijo Yerutí

Quizás sea algún desafortunado – continuó Anahí – no parece sonido de animal.

Yerutí aguzó los oídos y exclamó:

¡Estoy segura que es un daimon! Iré a verlo.
¿Qué? ¡No! ¡Espera! ¡Puede ser peligroso!

Pero Yerutí la ignoró y fue de inmediato a ver qué sucedía, mientras que Anahí y Lambaré se quedaron a vigilar a que el guardián de la oscuridad no escapara.

Por suerte, la joven daimon no tuvo que ir tan lejos porque, a tan solo unos metros de distancia, localizó el origen de los gritos.

Era un daimon salvaje de unas hermosas alas multicolores y unos enormes cuernos rojos que parecían formar un corazón por encima de su coronilla. La criatura cayó en una trampa humana que consistía en una gran red con rocas en sus extremidades y que, por lo que dedujo, cayó hacia arriba para aprisionar a un animal o daimon en el suelo.

Yerutí vigiló que no hubiese ningún humano cerca. Sabía que las tribus humanas poseían distintos estilos de caza. Quizás se tratase de una tribu que priorizaba más la recolección que la cacería, por lo que solo preparaban trampas para llevarse a la bestia que cayese en ella mientras recogían las frutas del bosque. Cuando se cercioró de que el lugar estaba despejado, volvió a fijarse en el daimon atrapado y sintió deseos de ayudarlo, liberarlo y evitar que sufriese el mismo destino que ella y su hermano sufrió.

Oye, tranquilo – le dijo Yerutí, acercándose lentamente – te ayudaré a salir de aquí, pero debes volar rápido. Los humanos pueden estar cerca.

El daimon dejó de gritar y miró fijamente a Yerutí. Ella solo atinó a tomar una roca y tratar de romper las cuerdas con ella. La tarea fue sencilla gracias a su fuerza natural, por lo que consiguió romper parte de la red y liberar al desdichado. Éste, al verse libre, se abalanzó sobre Yerutí como para atacarla.

Capítulo 11

Capítulo 10. Entre muchos es mejor

Yerutí se preparó para recibir el ataque pero, contrario a lo esperado, el desdichado se detuvo y comenzó a olisquearle el cuerpo. La joven daimon se abrazó, sintiendo que invadían su espacio personal.

¡Vaya! ¡Creí que eras humana! – dijo el daimon – pero no estás sola... Hay humanos contigo. ¿Eres su mascota?

¡No soy una mascota! – respondió Yerutí enérgicamente - ¡Solo me alié con ellos para una misión!

¿Aliarse con humanos? ¡Es una broma! ¿No? Ja ja ja – se rio el daimon, mientras se sujetaba la panza de tanta carcajada.

¡Sí! ¡Es verdad! – insistió Yerutí – Estamos buscando a los guardianes...

¿Dijiste guardianes? – preguntó el daimon quien, repentinamente, dejó de reír y miró seriamente a su salvadora - ¡Pero si solo son leyendas!

¡Existen! ¡Es verdad! Hasta capturamos a uno. ¿No has sentido otro olor aparte de los humanos?

Esta vez, el daimon cerró los ojos y comenzó a olfatear hacia la dirección donde había visto venir a Yerutí. Después de un largo minuto de silencio, abrió los ojos y, sorprendido, dijo:

Detecto tres olores. Estoy seguro que dos de ellos son humanos: un hombre y una mujer. Pero el tercer olor... ¡Es extraño! ¡Nada comparado con lo que presencié con mis sentidos en vida!

Giró su cabeza hacia Yerutí, quien mostraba una amplia sonrisa por lograr que el daimon le creyera. Éste volvió a reír, pero no en forma de burla, sino en señal de incredulidad. Al final, dijo:

Está bien, tú ganas. Tus "aliados" no parecen agresivos. Y estar junto a una leyenda viviente es estimulante. Además, siento que te debo una por salvarme la vida. Así es que te acompañaré.

¿Seguro? – dijo Yerutí, sorprendida - ¿No irás a volar bien lejos, disfrutando de la libertad?

Me tienta, pero en serio quiero devolverte el favor. Aunque, por ahora, será mejor que nos marchemos. Los humanos están cerca.

Ambos daimones se acercaron al grupo, causando un gran revuelo. Anahí pegó un grito, Lambaré tomó su lanza y Chapai solo atinó a sonreír divertido.

¡Tranquilos! – dijo Yerutí, agitando sus brazos – Es un nuevo amigo. Nos ayudará en la misión.

¿Pero no seremos demasiados? – dijo Lambaré, escéptico - ¡Además es un

daimon salvaje!

El daimon ignoró a Lambaré y se acercó rápidamente a Chapai, ocasionando que el joven guerrero se dispusiese a atravesarlo con su lanza. Por suerte, Anahí logró detenerlo a tiempo y calmarlo.

Mientras el daimon salvaje miró al guardián de la oscuridad de arriba abajo, Chapai siguió sonriendo, sintiéndose momentáneamente una celebridad. Tras una larga pausa, Yerutí preguntó:

¿Satisfecho?

¿Qué va? ¡Esto es impresionante! ¡Nunca creí que en verdad existieran! Oh, veo que algunos daimones todavía nos recuerdan... aunque sea en forma de leyendas – dijo Chapai - ¿Y qué piensas hacer, daimon salvaje? Bueno, prometí a mi salvadora que la ayudaría en su misión. Mis padres me enseñaron que los favores deben pagarse y, por eso, ahora me dedicaré a ayudarla con mi vida.

Me llamo Yerutí – se presentó la joven daimon – Y... no necesito tanto. Solo que me apoyes en mis enfrentamientos con los demás guardianes. ¡No sabes cuánto nos costó capturar a éste! Y sospechamos que el siguiente será aún más complicado.

Entiendo – dijo el daimon salvaje – entonces peleemos juntos, Yerutí. Te cubriré la espalda. Por cierto, yo me llamo Angapovó. Es un placer conocerte.

Yo soy Anahí – dijo la hija del chamán – y me encargo de controlar a los espíritus de la naturaleza para tener un buen viaje.

Y yo soy Lambaré – dijo el joven guerrero, quien detestaba ser ignorado y dejado de lado – Te estaré vigilando, Angapovó, por si intentes algo raro.

El extraño grupo de daimones, humanos y guardián se alejó rápidamente del lugar y se dirigieron cada vez más hacia el sur de la selva Guaraní.

Tras unas horas de larga caminata, llegaron hasta unos riachuelos que albergaban una gran cantidad de peces. Yerutí y Angapovó pescaron unos cuantos y los entregaron a Anahí para que los cocinara. Lambaré se encargó de vigilar a Chapai, aunque la actitud de éste era bastante calmada y relajada como para pensar que tan siquiera opondría alguna resistencia.

Mientras cenaban, Yerutí explicó brevemente a Angapovó lo que estaban haciendo. Éste escuchó atentamente. Luego, miró fijamente a Anahí y reflexionó:

Puede que ese chamán esté planeando algo. Si no, no me explico cómo es capaz de confiarle su hija a una daimon resentida con los humanos. Marangatú tiene a Arandú, mi hermano – le explicó Yerutí, mientras miraba fijamente los huesos del pescado que acababa de comer – No me queda de otra más que proteger a Anahí y cumplir con la misión. Pero,

una parte de mi, tiene deseos de escapar, ser libre... como tú. Yo perdí a mi familia, casi de la misma forma en que perdiste a la tuya – dijo Angapovó, mientras sus ojos comenzaron a humedecerse por el recuerdo – pero logré escapar a tiempo y, por muchas estaciones, anduve libre en la selva Guaraní – al decir esto, se frotó los ojos y miró fijamente a Yerutí – Puedo enseñarte a ser una daimon salvaje de vuelta, recuperar tu estado habitual.

¿Aún sin mis alas?

Aún sin ellas. Eres fuerte y con una gran determinación por sobrevivir. Mientras vayamos a los templos de los guardianes, puedo enseñarte a “oler” y “saltar” bien alto. Incluso a detectar rastros, distinguir las criaturas por su olor y orientarte en la oscuridad. Son cosas que quizás te habrán enseñado tus padres, pero los habrías olvidado durante tu vida en cautiverio. Y, si las cosas salen bien, podré enseñárselos también a Arandú. Es tiempo de que los daimones nos organicemos y luchemos por nuestra libertad. ¿Qué te parece?

Los ojos de Yerutí brillaron de la emoción. En verdad juzgó mal a los daimones salvajes, no todos eran hostiles ni agresivos contra los domesticados.

Mientras charlaban, Anahí y Lambaré los observaba desde lejos.

Las palabras de Angapovó no me inspiran confianza – dijo Lambaré - ¿Y si intenta hacernos algo?

No lo creo – dijo Anahí – lo hubiese hecho desde el principio. Descuida, Lambaré. Yerutí no nos hará daño – miró a su amigo y procedió a acariciarle la mejilla con ternura – Aunque seas un terco, me alegro de tenerte a mi lado. En verdad no sé qué haría sin ti. Estoy segura de que habría muerto en esa cueva y mi padre se sentiría decepcionado por no completar la misión.

Lambaré no dijo nada. Solo tenía deseos de abrazarla, cargarla en brazos y llevarla a la tribu. Pero, también, deseaba pasar más tiempo con ella porque sabía que, una vez que recuperase a la “chamán” de la tribu, ella tendría tanto trabajo que casi no se hablarían. Así es que, en su mente, pidió perdón a su padre por haber seguido sus deseos egoístas y no luchar en favor de su gente.

El siguiente templo está el guardián del agua – dijo Anahí, cambiando de tema – Su nombre es Jaimei según Chapai. Debemos tener cuidado ya que, si ve que capturamos a uno de los suyos, querrá matarnos de inmediato.

Por favor, déjenme ayudarles – intervino el guardián de la oscuridad – Aún con mis poderes sellados, poseo una gran fuerza y velocidad superior al de un daimon. Jaimei no se dejará “convencer” tan fácilmente... ni aunque yo se lo ordene. ¡Es el más reacio a escucharme! Aunque puedo lograr que se calme... un poco.

¡Jah! ¡Como si fuéramos a creerte! – dijo Lambaré, apuntándole el pecho con su lanza – Solo te mantenemos con vida por lo que llevas en tu interior, pero si intentas algo...
Humanos. ¿Creen que logran algo amenazando a los más desfavorecidos?
¡Bueno, cálmense! ¡Los dos! – interrumpió Anahí - ¡Es hora de dormir!
Mañana tenemos un largo camino que recorrer, así es que hay que prepararse. ¿Está claro?

Yerutí ató a Chapai en un árbol y decidió montar la primera guardia junto a Lambaré. Ambos no se dirigieron la palabra en todo su turno, pero decidieron contemplar las estrellas que ya adornaban el cielo nocturno, pensando cada uno en sus seres queridos.

Ya cuando la luna estaba en lo más alto, se fueron a dormir. Yerutí soñó que aún sus padres vivían y que volaban todos juntos por los bosques. Luego, vieron un gran árbol que, en vez de tener frutos, tenía cabezas colgando en sus ramas. Enseguida reconoció los rostros de Arandú, Lambaré, Anahí y Angapovó. Antes de lanzar un grito, escuchó una carcajada a sus espaldas. Se dio la vuelta y el sueño terminó.